

ANTONIO GARCIA VERDUCH (\*)



## Y descendió hasta nosotros

**E**l pueblo estaba huérfano y desamparado. El hombre a quien idolatraba se hallaba perdido más allá de la línea del horizonte, o quizá en alguna lejana región del cielo.

Solamente en muy pocas ocasiones se había mostrado ante los ojos del pueblo, y sus apariciones habían sido, todas, fugaces como las estrellas. Aparecía en el firmamento como un punto brillante que se agigantaba al acercarse y, al instante, se alejaba y desaparecía en la negrura infinita.

Las gentes vivían una espera anhelante e ilusionada, pensando que algún día su ídolo, el objeto de su adoración, descendería para hacer su morada aquí abajo, entre los mortales. Ansiaban tenerlo cerca para contemplar su rostro y tocar su túnica, para escuchar su voz y dejarse embriagar por su verbo.

¡Escuchen Vds. cómo redoblan los atabales para anunciar la llegada de ese anhelado día! La figura del esperado, que se divisaba confusa en la lejanía, ha ido perfilándose más y más, a medida que se acercaba, hasta hacerse limpia, nítida y resplandeciente. Ya no había duda. Su rostro era, en efecto, el de D. Felipe González Márquez.

Al fin, D. Felipe había descendido de su Olimpo para quedarse con el pueblo, con el pueblo del que un día formó parte, con el pueblo que lo vio nacer.

Su periplo por mundos extraños ha sido azaroso y aventurado. Las crónicas cuentan que ha paseado su lanza vengadora por todos los confines de la Tierra, desfaciendo entuerros en países extranjeros, ilustrando a ricos y esquivando a pobres. Su larga y atormentada vida de viejo luchador, ha dejado canas en su cabeza, cicatrices en su alma, y hondo arrepentimiento de haber postergado a su amado pueblo durante tan largo tiempo.

D. Felipe está cansado de luchar contra todos y contra todo, y ahora, a sus años, los hados han querido que tenga que luchar también consigo mismo. Sus más íntimas inclinaciones le empujan a buscar retiro en algún acogedor rincón del Olimpo, para disfrutar de su bien merecido descanso, lejos de los problemas de las gentes y del trepidar de los afares mundanos. Su conciencia, sin embargo, le dicta el deber moral de descender al solar hispano, aunque sea por un tiempo limitado, para mezclarse con sus gentes, con esas gentes que construyeron la escala, por la cual él pudo ascender al Olimpo.

D. Felipe está cansado y desea hallar repo-

so en la lejanía y en el silencio, pero un reconcomio le atormenta. Su ausencia en las alturas ha sido demasiado prolongada, y esto le hace temer que el pueblo, al haberlo visto siempre de lejos y de espalda, haya dejado enfriar su devoción hacia él, y haya salido a las calles para construir un nuevo ídolo, al cual adorar. D. Felipe ha visto, en sueños, cómo las gentes habían construido ya un reluciente becerro de oro, y que se postraban ante él, y que lo adoraban y festejaban, olvidándose de sus viejas fidelidades.

Esta horrible imagen ha irritado a D. Felipe, y D. Felipe se muere de celos. ¿Cómo es posible que su rebaño se haya dispersado, y haya sido seducido por el silbo de otro pastor? D. Felipe se ve, ahora, en la urgente necesidad de descender a la Tierra, para reconfortar a sus fieles, y para reconducir a los infieles al buen redil.

¡Qué tiempos aquellos de la lozana juventud de D. Felipe, cuando él navegaba ilusionado por las aguas azules del Frente de Juventudes, respirando los aires marciales de una España que se proclamaba una, grande y libre!

Su periodo azul duró poco tiempo, y pronto abjuró de su pasado falangista, y abrazó una nueva obediencia dentro de las estructuras del marxismo.

En su nueva vida iban a coexistir un gran amor y un gran odio. Los destinatarios de su gran amor eran todos los pobres del mundo, y los de su gran odio, todos los demás.

Y, abrasado por esa fiebre apostólica, comenzó su cruzada particular, al grito de "arriba los pobres del mundo". Y sus pies recorrieron el orbe, y también parte de España, buscando pobres a quienes ayudar a subir. Esa es la lucha en que quemó sus mejores años.

Después de pasado mucho tiempo, se detuvo un día, miró hacia atrás, y vio con tristeza lo menguado que había sido el resultado de sus afanes. En su larga y denodada lucha, no había conseguido hacer ricos nada más que a unos pocos pobres, a los pocos que caminaron junto a él por caminos polvorientos, y que compartieron su hambre y su sed de justicia.

Los demás pobres, los que no tuvieron la suerte de hallar a su alcance riqueza suficiente para salir de la pobreza, empezaron a desconfiar de la taumaturgia de D. Felipe, y volvieron sus ojos hacia otros profetas, que también iban por los caminos del mundo aupando pobres.

**D**. Felipe, durante su ejercicio profesional de transmutar pobres en ricos, tuvo ocasión de conocer de cerca la riqueza, y todas las innegables ventajas que ofrece. Este descubrimiento iluminó su mente y despertó en él nuevas vehemencias. A partir de entonces, su vocación de ayudar a todos los pobres del mundo se transformó en un deseo irresistible de ayudar a todos los ricos del mundo.

Como es natural, primero comenzó por ayudar a los ricos españoles y, en vista de su éxito, se embarcó en la aventura de ayudar a los ricos de Europa.

Gracias a su pasada por Europa, D. Felipe se ha convertido en un experto en curar las dolencias de los ricos. La cura de las do-

lencias de los pobres se le dió bastante peor, lo cual es comprensible, porque, desgraciadamente, las dolencias de los pobres son muchas, graves y de difícil tratamiento. Además hay que reconocer que, en ambientes donde no hay dinero, da asco trabajar.

Según todos los indicios, parece cierto que D. Felipe ha decidido descender hasta nosotros. No puede vivir si no está rodeado por el pueblo. Quiere estar en su centro. Y como el centro del pueblo está, exactamente, en el Parlamento, D. Felipe está anhelando que comience la nueva legislatura para ocupar su escaño y no despegarse de él. De aquí en adelante, si hay que zascandilear que zascandileen otros. El estará en su escaño para lo que el pueblo guste.

(\*) Profesor de Investigación